

**D. Juan Manuel Sainz Peña, de Jerez de la Frontera (Cádiz)**

## **CAMINO A LA LIBERTAD**

### **EL PRINCIPIO**

Finca “Zabaletas”. Cerca de Villaturiel. 1978

**C**uando Petra Arana Ortuño se metió los dos cañones de la Beretta 240 en la boca con la inamovible intención de descerrajarse un tiro, sintió el frío del hierro en los labios y el amargo sabor en la lengua de la pólvora quemada de otros disparos.

Era curioso, después de tantos años de miedo, de afrenta y de ultraje, que ahora tuviera más fuerzas que nunca. Aun así, notaba la frigididad de sus piernas y el agotamiento del alma tras dos décadas de infierno a la sombra de su esposo, Arcadio Señuela, el mayor canalla que habían visto nacer aquellas tierras leonesas y aun de toda España.

Sentada frente al ventanal, divisaba el arroyo, el manto verde de los chaparros y el estanque donde su hijo Juan daba de comer a los patos.

Que Petra hubiera llegado a aquel extremo no había sido, desde luego, cosa de días o semanas de meditación. Esa mañana de septiembre, todavía con el mentón lacerado y un ojo enlutado, decidió que era hora de acabar con todo.

Y todo acabó, en efecto, cuando en la quietud del campo una detonación atroz sacudió la casa, partió cristales y ahuyentó de sus nidos a los pájaros que volaron asustados lejos de allí.

¿Por qué se había casado con un hombre así?, pensó antes de apretar el gatillo. No fue una decisión suya, ni tan siquiera del destino. Petra era hija de Arana, el alcalde. Él y Señuela hablaron y decidieron su suerte entre cartas, whisky y tabaco, abrigadas las borracheras de los viernes en Casa Emilio, un cuchitril de mala muerte y peor olor,

alrededor de una serie de casuchas diseminadas como por la mano de un gigante, cerca del pueblo—, donde se bebía y se jugaba al dominó o al mus.

—Ya estás en edad de que te hagan mujer, Petra. Arcadio es hombre de recursos y nada ha de faltarte junto a él.

Petra, sentada junto a su madre, escuchaba aquello como una sentencia.

—La niña no quiere a ese hombre, Manolo. Por más dinero que tenga no la va a hacer feliz. Además, ella está enamorada de Alfredito desde chiquilla, ya lo sabes —intervino la madre, moderada y comprensiva.

—¿Tú también, Encarna? —se impacientó el otro—. Pues si quiere a un guardia civil cerquita, que coja una escopeta y se líe a tiros. ¡Pero por mis muertos que con el cabo no se casa! Arcadio tiene dinero, y el dinero es lo que da el pan, que es lo que quiero asegurar a la niña. Ya está dicho, así que a callar.

Tres meses después de la conversación Petra se casó con Arcadio. Todavía no había cumplido los veintiuno. Él, hacía unos meses que había llegado a los cuarenta.

\*\*\*\*\*

Cuando yació por primera vez con su esposo, en una noche de bodas que se le antojaba ya remota y como salida de un mal sueño, supo que la felicidad solo vendría cuando tuviera en sus brazos un crío que continuara la saga de los Señuela.

No habían mitigado los años el recuerdo del primer encuentro con su marido: la falta de ternura, el sometimiento feroz de su cuerpecillo enclenque ante las acometidas de animal en celo de Arcadio, el olor ácido del sudor, y la brusquedad de unos besos torpes y rudos.

—Estoy encinta —le anunció un año después del casorio. —Y el marido —fue la única vez— le sonrió tibiamente con la idea de tener un hijo al que legar todas sus propiedades, al que enseñar los secretos de la tierra y a manejar a la cuadrilla a golpes si era necesario. “Dar una vez al día, pero dar fuerte”, solía repetir.

—Jacinta te ayudará en lo que necesites, con ella no hay cuidado. Ha traído a media Comarca al mundo, sin impresionarse por gritos ni llantos, que para eso estáis las hembras, ¿no?

\*\*\*\*\*

El niño nació una bochornosa tarde de julio, sin más atenciones que las que le procuró la partera, una vieja de espalda alcayatada, piel plegada por los años, y unos ojos grandes que en su día fueron azules, pero que el tiempo y las cataratas habían velado con una penumbra grisácea.

“Señor Arcadio, señor Arcadio, que su esposa está ya de parto. Que el niño viene en camino”, anunció el mayoral sudando a chorros, corriendo desde el porche de la casa hasta el hacendado.

El dueño de “Zabaletas”, con un pie en el suelo y el otro en el Land Rover, y la carabina en el asiento del copiloto, puso cara de fastidio y se montó en el coche. Luego bajó la ventanilla, y al pasar junto al capataz le dijo que estaba el día muy bueno. “Como para perderselo con quejidos de parturienta y mierdas de niño recién nacido. Hoy le saco al marquesito de Estrada lo menos diez pájaros de diferencia... Anda, dile a Petra que ya tendré tiempo de ver al niño”. Aceleró y se fue a disparar.

A la vuelta no encontró Arcadio el ambiente propio de un nacimiento, sino más bien el de un óbito, aunque al fondo del corredor, donde estaba su alcoba, pudo escuchar el llanto vigoroso del recién nacido.

—¿Es que le ha pasado algo a Petra? —Arcadio preguntó aquello todavía con seis o siete perdices colgando de la presilla del pantalón.

—No es Petra, no —susurró Jacinta—. Hemos tenido que avisar a don Luis.

—¿Al médico?

—El niño, Arcadio, no va a ver el agua del arroyo ni va a poder recorrer la vega a caballo si no va con usted de lazarillo.

—¿Quieres decir...?

—Juanito no ve, hombre —sentenció la partera sin ambages: —ni verá en su vida.

Esa noche, después de ver al crío dormido en el moisés, Arcadio Señuela bebió hasta que amaneció. Luego se acostó junto a su esposa oliendo a vino (dos botellas de tinto del Bierzo se bebió), gruñendo como un perro viejo y cansado, hasta que Petra, dolorida y ojerosa, ingenuamente conciliadora, susurró:

—Te daré otro, Arcadio. Fuerte y sano. Te lo prometo. Mientras trabajaré como uno más. Sé llevar las cuentas. Podré ayudarte en la administr..

—¿Qué me vas a dar, ni me vas a dar? —atajó el otro—. ¿Otro hijo? ¿Para qué, para desgraciármelo? Y no me hables de trabajar, anda, que a este paso, como sigamos así y os dé a todas por querer ir al tajo, vais a mandar al paro a media España. Anda, échate a dormir, me cago en todo, que no te doy dos bofetadas porque estás recién parida.

Lloró Petra, tragándose las lágrimas como el que se bebe una agria pócima, hasta que Arcadio se levantó blasfemando para irse a dormir a la habitación de invitados.

\*\*\*\*

No vino al mundo más descendencia de los Señuela. Desde aquel amanecer, Arcadio no volvió a tocar a Petra sino era para reprocharle a golpes cualquier cosa.

La primera vez fue una tarde de invierno, de cielo despejado y aire gélido. Arcadio se empeñó en llevar a montar a Juan a caballo.

—Hace mucho frío.

—Pues por eso mismo, Petra. Ya va siendo hora de que se haga un hombre, a ver si además de ciego se nos va a amariconar.

—¡Tiene seis años, Arcadio! —Petra se sorprendió levantándole la voz a su esposo.

Vio luces, pero apenas escuchó los reniegos del marido después de que le sacudiera un puñetazo en la cara antes de llevarse al niño a montar.

Aquello no le gustó nada a Arana, que se presentó en la finca con muy malas pulgas.

—Hombre, alcalde, ¿pero tú dejas que tu mujer te perore? No, ¿verdad? Pues yo igual. Además, tampoco le he hecho nada. Venga, vamos a tomarnos un trago. Tú quieres salir otra vez de alcalde, ¿no? Pues yo te ayudo a pagar el puente nuevo y las dos cosillas que requiere el Castillejo, y otra vez a la poltrona, que es tu sitio. Y déjame a mí con las cosas de mi casa, que yo te dejo con las tuyas, ¿de acuerdo?

Ya no hubo más visitas a “Zabaletas” si Petra aparecía por la casa paterna con algún moretón. Arana miraba para otro lado o preguntaba mecánicamente: “¿ya habéis estado otra vez de morros?”

¿Y la madre? La madre de Petra acariciaba el rostro de la hija, murmurando “¿qué te ha hecho ese animal? Anda, si es mejor obedecerle en todo, mujer. Hazme caso y verás como ya no le das motivos para esas cosas. Tú a lo tuyo, a servirle en lo que requiera y ya está. Vamos, no llores y vete ya para casa, que seguro que te está esperando y, en el fondo, lo que quiere es que estés con él”.

Pero con la excusa del niño o sin ella, siempre hubo momento para el reproche, para el grito, para que zarandeara su cuerpo enfermizo mientras sentía el vahído del alcohol en los labios de su esposo.

\*\*\*\*\*

Con los cañones de la escopeta metidos en la boca, haciendo memoria de su malhadada vida, sintió los pasos rotundos de Arcadio al subir las escaleras de madera y entendió que todo aquello llegaba a su fin.

Miró a la ventana y vio a su hijo sentado en el banco, cerca del estanque, dándole de comer a los patos y las ocas. Juan era ya un muchacho de veinte años que había crecido a la sombra de las enseñanzas de su padre, en la penumbra de su ceguera.

Los pasos se detuvieron en el rellano de la escalera y el pomo de la puerta giró.

—Petra, ¿qué coño haces?

Petra Arana Ortuño se sacó la escopeta de la boca y apuntó a su marido al pecho.

—¿Tienes miedo de que apriete el gatillo, Arcadio?

—No vas a apretar el gatillo, desgraciada...

Arcadio Señuela fue a arrebatarse el arma, pero Petra apuntó al techo y apretó el gatillo provocando un estruendo brutal, haciendo que la cubierta estallara en lascas de yeso y pintura. Su marido se agazapó y apenas fue capaz de decirle que estaba loca, pero Petra metió otros dos cartuchos y se quedó mirado al hombre con la cabeza y los hombros llenos del caliche del techo mientras lo encañonaba.

—¿Tienes miedo? —repitió Petra.

Arcadio, sudando de puro terror, asintió, pero Petra, lejos de apartar el arma, subió un poco y le apuntó a la cabeza.

—Si... —la voz de Arcadio fue un susurro. Una mancha se hizo ver en la pernera de sus pantalones. Petra lo vio pero no ríó, no se movió.

—Imagina ese miedo que te atenaza desde hace unos segundos, pero metido en el cuerpo durante años. Quizá sepas cómo me he sentido todo este tiempo.

—Yo...

—Ahora —le interrumpió— voy a salir de aquí, voy a llevarme a mi hijo y vamos a desaparecer de tu vida. Tú harás lo mismo con la nuestra: desaparecer, porque si no lo haces vendré a buscarte y te volaré la cabeza. ¿Lo has entendido, hijo de Satanás?

Petra descargó la escopeta, le arrojó a su marido los cartuchos y abandonó la estancia.

## **EL FINAL**

Una mano se posó sobre su hombro y le dijo:

—Vamos, Juan.

El hijo se levantó y se agarró a su brazo como había hecho tantas otras veces.

—He oído un disparo.

—Sí —fue la breve respuesta—. El mayoral dará el aviso. Pronto vendrán a saber qué ha pasado.

Sentados en una piedra que presidía la entrada de la finca, Petra vio aparecer el autobús que llevaba a León por el camino polvoriento.

—Sube, hijo —le dijo ayudándole. Luego se sentó junto a Juan y contempló por la ventanilla, con aire cansado, las últimas hectáreas de las propiedades de su esposo. Entonces suspiró, dio un beso a su único hijo y percibiendo aún el olor a pólvora en las manos, sintió en el pecho toda la fuerza de la libertad.